

PERÚ

EL IRIS.

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA Y CIENCIAS.

DIRECTOR—VICENTE H. DELGADO.

TOM. I. }

LIMA, ENERO 1º DE 1894.

{ NUM. 5

Nuevo Año.

I

A través de los siglos
una rotación más el mundo ha dado,
tanto en copo de nieve convertido,
como en bola de fuego transformado;
y sólo he comprendido
del libro que llaman: *La Experiencia*,
lleno de una fé íntima y secreta:
que el Hombre, como el mundo, es un planeta.
En los giros que en torno de un Sol hace,
que el corazón deshace,
y es el Amor sin duda,
unas veces se acerca y otras se aleja.
Al allegarse, entonces
en nuestra alma refleja:
comienza la amorosa primavera
de tan variadas flores,
porque todo lo vé
bello, á través de un prisma de colores.
Y crece como tromba el sentimiento
ó como chispa que se torna en rayo,
aparece el estío;
mas, quiébrase el cristal que nos encanta,



el Hombre ya se aparta,
viene la realidad ¡atroz engaño!
con el invierno cruel del desengaño.

II

Y tú que tan risueño te presentas,
que la aurora, las flores y las aves
te saludan, Nuevo Año,
oh! ¿serán tan fatales tus destinos
como las rotaciones de la tierra?
¿serás tan majestuoso como el alba?
¿tan claro y tan sereno?
responde ¿si en tu vida el pensamiento,
coloso y sobrehumano,
no llega á descubrir, hecho un portento,
el insondable arcano?
Dime ¿serás feliz?
Pero ay! el fuego del Sol
que me parece nunca consumirse
con su silencio dice: «estudia, estudia
oh! que sólo feliz es el que sabe».
Pero si en el estudio
tendré que pasar toda mi existencia
agotando la esencia
de mi pobre cerebro,
ay! ¿qué satisfacción, que gozo tengo?
ay! yo soy un infeliz!
pero por una mano detenido
me sienta, y oigo que estalla
una voz imponente dice: «Calla!
que para trabajar hemos nacido».

VICENTE H. DELGADO.

LETRAS

La nevada

DEL LIBRO—«NIEVE Y LUZ»

La nevada es la virgen de los Andes,
vestida con su manto de pureza,
que la mañana con su luz radiosa
embellece y entibia y purpurea;
es su trono la altísima montaña
que yergue en el azul su cumbre espléndida;
su áureo cetro, del Sol el rayo de oro
que vívido en el éter centellea;
el celaje, el fulgor que la circunda
y que su blanca sién dora é incendia;
el iris, su magnífica corona;
y su pálido nimbo, las estrellas!

La nevada es la virgen de la altura,
á la que el brillo de la aurora inciensa;
á la que el viento de la tarde, canta;
y á la que el astro de la noche, besa!

En los Andes—1893.

JOSÉ FIANSÓN.

Rondel.

¡Un año más! Del Tiempo el hondo arcano
qué de progresos verterá, fecundo,
si del Genio al empuje sobrehumano,
del Saber en el circo soberano,
se logra reformar el viejo mundo!

*

El barco de la Vida se desliza
por la pendiente de la Muerte audaz.....
¡De la existencia las arenas pisa
un año más!

*

¡Oh año, oh flébil átomo, oh! momento
del gigante reloj de las edades,
que el Mundo á nueva esfera arrojarás!.....
Y de ciencia en el alto firmamento
qué glorias lanzará y qué claridades.....
un año más!

Mística.

La casta virgen que en mis fiebres veo
imagen es de la beldad que adoro;

ella es mi novia que me dice: «Ateo,
para que sacies; tu inmortal deseo,
busca en mi seno el virginal tesoro!»

*

Y radiante de amor y poesía,
y de esplendente nimbo coronada,
brilla en su frente el resplandor del día.....
Es remedo su voz de la armonía,
y una estrofa de sol es su mirada!

*

Preludia mi alma su canción secreta,
cual si pulsárala invisible mano;
y el sacro numen de mi mente inquieta
hácheme murmurar con el poeta:
«¡Por tí poeta soy, por tí cristiano!».....

Ofrenda.

Hoy que las aves celebran
tu clásico natalicio
con los cantos más hermosos
del poema de sus nidos,
deja, deja que yo bese
ese tu rostro tan lindo,
y que te ofrende sus cantos
el ave de mi cariño!.....

Lima.

MIGUEL M. LUNA.

—o—

En tu album.

Mírote con afán que me devora,
y es que en tus ojos hallo un no sé qué,
preso de tí me tienen, hace tiempo,
sin que sepa decirte yo el porqué.

Y tú, esquivando siempre mi mirada
no quieres levantar tu vista á mí,
¡temes ay! que se encuentren esos rayos
ó desdefias un puro frenesí!

Responde, habla, graciosa morenita,
que me mata el dolor, no puedo más!,
y cuando alzes tus ojos de carbunco,
¡desgraciado de mí!, no me verás!

VICENTE H. DELGADO.

Soneto.

[A BLANCA ROSA.]

Con retazos de fino terciopelo,
 Terciopelo color ópalo y crema,
 Hecha la piel de suavidad extrema
 De su rostro bellissimo de cielo,

Siempre viviendo sin sentir el hielo,
 Porque su piel terciopelina quema,
 Dándole el juego su color de yema,
 Que á pesar luce de tupido velo,

Fuego y calor en su quemante rostro,
 De ardorosas pasiones clara seña,
 Tal es la diosa á cuyos pies me postro,

Y que mi pluma cual pincel diseña,
 Y cuyo fuego, enamorado, arrostro:
 Es una Blanca, de color trigueña.

RODRIGO N. HERRERA.

El ciego.

[CUENTO DE NAVIDAD.]

Con la guitarra al hombro va por las calles, mudo y sombrío,
 llevando las nostalgias de sus pasados tiempos felices,
 y entre sus sombras el ciego forja un mundo de coloridos
 mientras busca un apoyo que por su senda lo ampare y guíe.

De puerta en puerta va mendigando cambiar sus tristes ritmos
 por un mendrugo de pan que venga y sacie sus negras hambres:
 y en un extremo yá de la oscura calle lanza un suspiro
 porque no hay quien escuche todo lo amargo de sus pesares.

Nunca tantos dolores, ni tantas penas ha presentado
 y reniega del mundo que enfermo y ciego lo desampara
 siente que entre su pecho resuena un algo de excepticismo
 y frenético apura todo el absintio que hay en su alma.

.....

 Ahuyentando las sombras, de aquella noche con su bullicio,
 cruza una alegre turba que por las calles yá se encamina

á celebrar la fiesta del nacimiento de aquel mendigo,
que en un establo vió las primeras sombras de nuestra vida.

Y canta y grita la turba, en tanto que el peregrino
tiende la mano para que una limosna calme su angustia:
se detiene la turba, y en la guitarra sus ojos fijos,
arrastra al ciego mientras sigue gritando, música, música.

.....

.....

Se asoma el alba, y por las calles vuelve, mudo y sombrío,
tambaleándose el ciego mientras murmura: ¡hay providencia!.....
bajo sus plantas falta la tierra y rueda lanzando un grito
de amarga furia y dice: ¡qué providencia si es borrachera!
Lima Diciembre del 93.

LUIS CESÁREO ESTEVES.

— 0 —
MI prima.

Tengo una prima.....
¡Dios de los cielos!
Lo más salado
Del mundo entero:
Róseas mejillas,
Rubios cabellos,
Y una boquita
De caramelo;
Piés diminutos,
Sonoro acento
Y el cuerpecito
Más zandunguero;
Díganme UÚ.,
Según lo expuesto,
Si mi'primita
No es un portento?

Ahora mañanas,
En el almuerzo,
Le dije:—«Prima
Mucho te quiero,
Me tienen loco
Tus ojos negros;
Tú eres el ángel
De mis ensueños,
La que me inspiras
Sentidos versos!.....—

Y la chiquilla
Con devaneo
Y voz muy débil
Me dijo:—«Bueno,
Para tus males
Daré el remedio»—
Y desde entonces
Nos entendemos,
Los dos unidos
Por dulce afecto.

Mas, nuestros!días,
¡Qué contratiempo!
Ah! no nos dejan
Por un momento,
Atravesando
Nuestros proyectos.

En este trance,
¡Pues ya lo creo!
Gana el que arriesga
¡Venga un suertero!
Y con la gorda
De á mil quinientos.....
Mis buenas tías
Que hoy son mi infierno,
¡Han de ponerse
Como un cordero!

FÉLIX MORA.

Poeta.

Ciego el poeta en su ambición de gloria
sigue en su vuelo al ideal soñado,
mientras avanzan en tropel las sombras
que han de cubrir los sueños que ha forjado,

y sigue impávido en la lucha fiera
que ha de colmar sus ansias de grandeza,
llevando siempre la señal de guerra
sobre la erguida juvenil cabeza:

porque en sus sueños de matiz dorado
y entre su pecho de fundido acero
se albergan siempre como dos hermanos,
el llanto horrible y el rencor severo.

Es águila caudal de fuertes alas
que ufana sube con potente vuelo,
y que contempla la miseria humana
desde la altura del ignoto cielo;

y luego que ha mirado en su carrera
la mísera ambición de los mortales,
desciende como un rayo hacia la tierra
y fulmina la ley de los iguales:

porque sabe que es ley la del derecho
y que una ley fatal será la norma
que dirija esta masa hecha de cieno
al fiel principio que le dió su forma.

MIGUEL C. Maticorena.

Diciembre de 1893.

Confesión intrigante.

II.

I.

Panchito, el enamorado,
viendo perderse su empresa
de cura se ha disfrazado
para hablar con su Teresa.
Y saber, pues, al instante
la razón por qué no lo ama;
mas vé acercarse á su amante,
se oculta el rostro y la llama:

—¡Niña, ¿qué haceis por allí?
dando vueltas por la puerta
¡no quereis confesar!, dí!
—Ay! padre!.....
—Calla! pues vendrás acá.
¿Con quién has venido?, dime?
Con mi madre.
—¿Dónde está?
—Por allá.
—¡Picarilla!

Ven acá con devoción
dobla pronto la rodilla
y comienza tu oración.

—Pero, padre!.....

—Nada!

Ya me dirás toditito
tú serás condenada.

La niña pronto calló
y junto al confesonario
tomó en la mano el rosario
y en seguida suspiró.....

—Has rezado?

—Sí.

—Acércate junto á mí
y dime lo que has pecado:

—Ay! padre, nada, nada he hecho
en el tiempo que he dejado
de cumplir con esta iglesia.

—No has amado?

—Un poquito.

—A algún joven de esta calle?

—No mi padre.

—No mientas que te condenas!

—A un primito.

[Aquí un ataque nervioso
el pobre Pancho sufrió;
pero haciéndose el gracioso
disimula y.....respondió:]

—Ajá! Y lo quieres?

—Mucho.

—Y á cuál de los dos prefieres?

(dijo el padre
llevando la mano al pecho
y de ternura deshecho)

Picarilla!
Habla! habla! que te condenas
y arderás en el infierno!!

[Sin sangre casi en las venas
la niña al fin respondió.....

pero, bastante afanoso
el padre la interrogó:]

—En la puerta tú qué hacías?
esperabas al primito?

—Nó—dijo llena de enojos

—Sino?... Calla! que en tus ojos
conozco tu picardía.

—Ay! padre, usted es muy malo!

—No digas eso chiquilla
si tengo de tortolilla

lo sabes!..... el corazón.

Pero oye, sabrás decirme
si tus labios son de fresa
que siempre rojos están?

—;Ay! qué afán!

—Pero responde embeleso

—Miré usted lo que dirán!

—Es el cráter de un volcán
donde se agita..... mi beso.

—¿Cómo se llama el primito?

—Juliancito.

—Qué trabaja?

—En la escuela.

—Suya?

—Nó, de la Masonería.

—Ay! Jesús! Ave María!

Jesús! con la excomulgada!

Botarás á ese mozuelo
sino serás condenada.

—He pecado mi padre?

—Mucho, muchísimo!

Y asiste á misa tu madre?

—Sí, todos los días.

—A qué hora?

—De ocho á nueve.

—La medida salvadora
única que puedo ver
es que me esperes á esa hora
para poderte absolver.

—Solita lo espero allá?

— Ya lo creo!
y sin decir nada á mamá.

(Y levantóse al instante,
dándole un pellizco ¡zás!

dijo al oído galante
de la confesada amante:)

—Ay! pilluela, gorda estás!

VICENTE H. DELGADO.

VARIEDADES

Charada.

La *prima* preposición,
Tercia *cuarta* sustantivo,
Y tres *segunda* adjetivo,
Pero dos interjección.

Prima segunda adverbio es,
Tercia artículo ó pronombre,
Quinta verbo y no te asombre
Si otro en *prima cuarta* ves.

Dos y *quinta* cual que busque
su gramática en seguida,

Que no quiero, por mi vida,
Que ninguno se me ofusque!
Cuando me hable lo ha de hacer
No como una *tercia cuarta*,
Pues, cual los hijos de Esparta
Lacónico debe ser.

Y yo que á esto me acomodo,
Me apresuro á terminar
¿Qué mujer no ha de gustar
Cuando se la vea todo?

J. QUIRÓS GAMARRA.

Lima, 93.

La Mujer fuerte.

[Para *El Iris*.]

Salomón, el bien amado del Señor, el inspirado autor del Cantar de los cantares, ese rey que como ninguno descolló en sabiduría, ha dicho: «La mujer fuerte edifica su casa».

cepta nuestro sexo el renombre de *tierno y piadoso*, pero no puede aceptar el que le apellideis *débil*.

El error ha sido siempre la onerosa carga que ha gravitado sobre la pobre humanidad, y el hombre continúa siendo víctima del error al juzgar á la mujer, á la mujer, que es la parte más considerable de la sociedad y la ménos considerada.

Denominar *débil* á la mujer en nuestra nueva era es un anacronismo. Pudiérase admitir este injurioso dictado en aquellas épocas en que la fuerza bruta era el todo, en aquellas épocas de piedra, en aquel siglo de hierro en que se concedía el imperio de la razón, al que ostentaba colosales fuerzas; mas hoy quedan abolidos los derechos del *fuerte* para dar paso á los derechos del que tiene razón. Guiadas por la clara antorcha de la razón, nos alistamos en las filas de la justicia enarbolando la bandera de la verdad para pedir lo que legítimamente nos pertenece, no tolerando ser clasificadas á vuestro antojo, que obedece al egoismo, móvil siempre de vuestras acciones.

El hombre ha demostrado constantemente una tendencia ruin al deseo mezquino de rebajar á la mujer convirtiéndola en sér pasivo, en maniquí, en criatura nula y ciega, incapaz de caminar al lado suyo por los mundos elevados de la ilustración y la inteligencia.

El hombre ha querido á su compañera para que no lo viese caminar por sendas cubiertas de fango vil; la ha querido sin criterio para que no le pidiera cuenta de su ligera conducta y paro subyugarla sin razonamiento de ninguna especie ante las despoticas leyes de su capricho; ha comprendido el hombre que, al

suavizarse las costumbres, el *etro* del mundo pertenece á los reyes de la inteligencia, y para doblegar á su compañera sometiéndola á un ominoso yugo y á una postración moral muy lamentable, ha mutilado sus facultades intelectuales y la ha sepultado en las tinieblas, sumiéndola en la más oscura ignorancia, para que se estrellara indefensa y sola en los escollos de la vida.

Sola, repito, la ha dejado, porque la ignorancia es la orfandad del alma, y la orfandad del alma es una soledad moral muy desconsoladora.

El hombre quiere débil á la mujer para ejercer en su hogar un predominio tiránico que le permita calmar, ya que no extinguir, la febril ansiedad, que siente de una dominación más vasta sobre el Universo.

El hombre quiere débil á la mujer para hacerla su juguete, para explotar su debilidad, permítaseme esta palabra que se escapa á mi indignación y que repugna á mi delicadeza, palabra que no borro por no encontrar otra más gráfica para lo que yo quiero expresar.

Hay hombres que desean débil á la mujer y otros que afirman no existe la mujer fuerte: éstos son pedantes y aturdidos: aquellos insensatos y poco delicados.

Decidme los primeros, aunque triunfaran de la debilidad vuestras groseras pasiones, después de satisfechas éstas ¿puede conveniros un sér que no tenga resolución, ideas fijas, decisión y constancia? No, no es convenienté un sér así, la sana razón, la cordura lo dicta y hasta el positivismo que es vuestro Dios, lo publica á grandes gritos. ¿Cómo ha de dirigir la educación de sus hijos y el orden doméstico una mujer sin carácter? Es absurdo el que se desee débil á la mujer: vuestra tenaz obcecación os hace conspirar contra vuestros propios intereses.

A los que no conocen la *mujer fuerte*, puedo contestar con poderosos argumentos que derrocarán el edificio de sus falsas ideas. Decidme, si tan débil es la mujer, si todas lo son ¿por qué les entregais vuestro nombre sin mancha, por qué les fiais el cuidado de vuestra honra?

Si no hay mujeres *fuertes*, si no hay mujeres dignas, os estimais en muy poco al uniros á ella en lazos eternos. Los hombres casados están en mayoría; por consiguiente, no habiendo mujeres virtuosas, sois más miserables que ellas al hacerlas compañeras de vuestra vida.

Hombres aturdidos, cuando negais la virtud de la mujer, pensad en vuestra madre: puede un hombre no haber tenido esposa, hermana é hijas; pero ¿quién no ha tenido madre?

Los que denominais fácil á la mujer es porque no habeis tratado sino con mujeres que valían muy poco: no habeis visto del sexo más que la escoria.

No conocen á las mujeres fuertes porque valientemente ocultan las luchas del alma, bajo un velo de indiferencia y frialdad.

La mujer, á pesar de tener corazón de fuego, y volcánica imaginación, se doblega ante el frio sentimiento del *deber*, y le rinde respetuoso culto.

Hay mujeres que ante el dragón de la deshonra, y con el corazón hecho trizas se defienden cual el guerrero envuelto en su propia sangre. ¿Creeis que estas mujeres son ménos fuertes? Estais en un error: cuanto mayor es la lucha, más grande es la victoria.

Si la mujer abrasada por la fiebre del alma muere sin haberse rendido, no la apellideis débil, sus fuerzas físicas habrán sucumbido, pero sin sufrir derrota sus fuerzas morales.

La mujer lo pospone todo á su dignidad y su conciencia.

En el raro caso de que no hubiesen mujeres honradas por virtud, las habría por altivez, esto es exacto, observad que una mujer loasegura.

La mujer no es débil, si alguna os dice que lo es, no la creais: hay mujeres que quieren cubrir sus extravíos con la capa de la debilidad, mujeres que se dejan arrastrar al abismo de la pérdida, porque el vicio las atrae, porque necesitan vivir en una atmósfera de corrupción muy en armonía con sus costumbres depravadas.

Afortunadamente estos séres son rarísimas excepciones.

La mujer virtuosa es fuerte, está protegida por el escudo de su virtud, se halla envuelta en el arnés de su decoro, y á esta mujer honrada y digna no alcanza las tentativas de los libertinos.

La mujer es igual al hombre en fuerza moral é intelectual. Abrid las páginas de la historia y encontrareis mujeres enérgicas, espíritus viriles, cuyas hazañas llenan el mundo haciendo comprender que el talento y heroismo no son patrimonio exclusivo del sexo dominador.

El entusiasmo tiene su cuna en el alma. El heroismo, el genio y el alma no tienen edad ni sexo. El entusiasmo es como el amor lo más divino del corazón, el entusiasmo es la elevación del alma, el placer de exponerse á la muerte por abnegación cuando nuestra naturaleza nos llama á la vida.

Las mujeres han tenido su epopeya cual los hombres: si existió un Pelayo, Temístocles, Alejandro, César, Cid, Gonzalo de Córdova, y otros, también tenemos entre las heroínas á Doña Sancho de Navarra sin la cual la feudataria Castilla no sería libre. Su fortaleza y serenidad hicieron libre y grande su nación.

Alicia de Champaña, reina de Francia, esposa de Luis VII y madre de Felipe Augusto, gobernó la nación durante la expedición de su hijo á Tierra Santa y su reinado fué muy glorioso, Berenguela, hija de Raimundo IV, conde de Barcelona, fué célebre por el valor con que sostuvo el cerco de Toledo contra los moros:

viéndose estrechada, subió sobre la muralla y dijo á los enemigos: «Mala fazafia faceis con una mujer; id á defender Orega, que asedia mi marido con numeroso ejército; los moros no ménos galantes que bravos admiraron su fria impavidez y levantaron el sitio.

Sin la Católica Isabel, el nuevo mundo no hubiera sido descubierto por Colón, pues su *débil* esposo Fernando se oponía; pero ella fuerte superó los obstáculos y el premio fué igual á su grandeza.

¿Quién no conoce á la interesante é inspirada Juana de Arco que fué víctima de la más inconcebible ingratitud?

En la época del cristianismo y su persecución la mujer llega á lo sublime; veremos tiernas niñas desafiando á crueles tiranos, á una Catalina de Alejandría que no la espanta el torno de navajas, á una Bárbara que no teme la espada de su padre, á una Felicia, que no teme el hacha del verdugo, á Eulalia que camina sobre la nieve para padecer el martirio por amor á Jesucristo.

Lo repito mil veces, el alma no tiene sexo. Entre las mujeres célebres de hoy, puedo citar muchas para justificar más mi aseveración.

Creo que mis lectores conocen á la gran doctora, á la reformadora, á la sublime Teresa de Jesús, aquella valiente mujer, que cuando la Europa entera ardía en las llamas que había encendido el audaz Lutero, se propone una obra que á un hombre acobardara, se propone y la lleva á efecto: la reforma es total en los conventos de ambos sexos; y diezinueve fundaciones hechas por ella, dan fe de esta mujer fuerte. Aun más, ella ha embellecido la literatura española, cual una rutilante estrella embellece un cielo lleno de planetas refulgentes.

Dejemos á la vieja Europa, y dirigiendo nuestras miradas al suelo Americano, aquí en nuestra hermosa ciudad de los Reyes, encontraremos á Manuela Villaran, que ocupa un puesto principal en el Parnaso Peruano, á Carolina Freyre, á Mercedes Carbonera, á Clorinda Matto de Turner y á Teresa Gonzalez de Fanning. Todas ellas son luceros de la literatura Americana gloria del bello sexo. Admirad conmigo á la hermosa Amalia Puga, criatura de tan corta edad que no sé si es niña ángel ó mujer, nacida en la hermosa y lejendaria Cajamarca, en la ciudad favorita de Atahualpa, en esa tierra privilegiada, donde por sí mismas y á la risa de las auras nacen las rosas y las nevaças azucenas, llamando la atención con sus magníficas poesías y tradiciones, dando el raro caso de que un eminente literato se apasionara de su alma, no de su figura pues no la conocía sino de sus escritos, con los cuales retrata su bella alma tan bien como un fotógrafo imprime una imagen.

Supongo no dudareis ya que la mujer es fuerte por la virtud,

poeta y artista por el sentimiento, nadie puede negarle sus títulos de soberanía en la esfera de la sensibilidad, nadie puede apellidarla débil á pesar de su ternura.

Me parece que he conseguido el objeto que me propuse, al escribir este artículo: hacer comprender á mis galantes lectores que la mujer es digna de ocupar el puesto que le señala la sociedad y se halla á la altura del hombre.

Invitada para ocupar una página de este ilustrado periódico, he querido dar principio á mis humildes escritos defendiendo á mi sexo tan injustamente injuriado.

No insulteis con epíteto humillante á la que ha mecido á la humanidad en sus rodillas y á la que, cuando vuestras palabras eran incoherentes, os enseñó la primera plegaria.

AVELINA V. VDA. DE RIVAS.

—o—
En el Nilo.

Cleopatra la bella, la reina del Egipto, rodeada de esclavas dá la última mano á su régio tocado. Desde el balcón de su palacio de recreo, gallarda y varonil, vése la flota romana. Marco Antonio llega en ella.

En la terraza de intercolumnios de jaspero y balaustrada de mármol, reclinada en muelle triclinium y envuelta en el real manto, está la hermosa Cleopatra, el mórbido brazo hundido en el almohadón, mientras una de sus manos ensortija distraída la ondulosa cabellera. Sus pies blandamente aprisionados en babuchas cuajadas de piedras preciosas, rasgan con el claveteado de oro, la policromática alfombra de Esmirna. Y flotante sedosa túnica con orlas argentadas y franjas exóticas, modela los encantadores escorzos de su carne de diosa.

A su alcance y pendiente del corolítico abaco de una columna salomónica se balancea á impulsos de la brisa florestal, un grandioso abanico de plumas bizarras; Cleopatra lo abre contemplando aburrida el bello paisaje. Su gacela, mimosa y ágil, penetra en la estancia, derriba dos ó tres negrillos y de un salto, sube al triclinium, apelotonándose á sus pies, y ella acaricia el suave y mullido pelaje del animal, palmotea su coposa cabeza y en un instante de locura la besa.

A su rededor reina sepulcral silencio. El emjambre de esclavas, sentadas sobre pieles, las cabezas inclinadas, esperan silenciosas las órdenes de su señora. Tres griegas hermosísimas, semidesnudas, destrenzadas las cabelleras, renuevan el aire con anchurosos abanicos, mientras la guardia nubia, fornida y hercúlea, pasea por los anchos corredores. A Cefis la tebana, su esclava favorita, le hace un signo, y al punto, multitud de braserillos tintinean al chocar contra el piso de pórvido, y volutas azulinas en

caprichosas espirales ascienden lentamente embalsamando la estancia.

Luego, chirriando al correr sobre metálicas anillas, se pliega una cortina, dejando ver un precioso proscenio, donde esclavas egipcias reclinadas sobre pieles, albas túnicas vistiendo, desnudo el torso y las sienes ceñidas por diademas, pulsán unas grandes arpas, camaleones curvados, con cabezas de cariátides, y otras tocan címbalos y flautas, mientras, varias de pie, los extendidos brazos en actitud dramática y con voz suave, canturrean extrañas canciones, impregnadas de melancolía. Aquella música parece apropiada para un país como el Egipto, donde todo se distingue por ese sello de monotonía que le dan sus graníticas construcciones, siempre las mismas, vaciadas en un molde común.

Al poco rato, otro signo de Cleopatra hizo cesar la música. Y su vista entretúvose contemplando los antiguos tapices de calor sombrío, decorados con las fantásticas luchas de Osiria y Tifón con las guerras de Sesóstris. Las dos esfinges que mudas, inmóviles, reposaban en sus pedestales de piedra, se doraban con los últimos rayos del sol. Y los bajos-relieves, las cornisas egipcias de líneas frías y severos destacábanse mejor.

Aquella tarde Cleopatra está hondamente preocupada, y en sus contraídas cejas adhiñase los sombríos pensamientos que la torturan. Sus crispadas manos acarician el cincelado pomo de un puñal, pendiente de su rico cinturón, y, nerviosa, clava la vista en el camino real, que partiendo de la ciudad viene á terminar en su palacio. Después, de un cofrecillo cercano, saca un rollo de papiro, lo desenvuelve, y al concluir su lectura quédase pensativa, fija la vista en la flota romana que blandamente mecían las ondas del Mediterráneo.

Marco Antonio no disimulaba sus propósitos; venía por la corona de Egipto. Ella, aunque bastante animosa para defender su centro, no contaba con súbditos leales. A cada instante los mercenarios se insurreccionaban. ¿Entregarse, abandonada por todos? Nunca. Y al pensar esto se sonreía; era bastante hermosa para subyugar sin necesidad de ejércitos. Y solapadamente, fingiendo resignarse, solicitó una entrevista con el orgulloso jefe romano. Esta era para ella su batalla decisiva. Si triunfaba no temía á Augusto, pero si fracasaba su plan, entonces la muerte antes que la esclavitud.

Impaciente veía transcurrir las horas, sin que llegara el general romano. A su izquierda el Nilo, manso y límpido, se deslizaba espejante y murmurador, lamiendo las cultivadas orillas y las escalinatas que rizaban su brillante superficie. Reclinada, contemplaba, al través del bosque, de las fachadas y techumbres, el descenso del sol, que teñía con tonos de oro pálido todo el pasaje. Y sriremes amarrados á la orilla; se columpiaban, haciendo inflares.

los pabellones de seda. Ahí también estaba su trireme de bandas argentadas, todo de ébano, con su camarín forrado de ricas telas recamadas de pedrería. Algunos ibis, posados en el escamoso dorso de los cocodrilos, alisaban con el pié su espléndido plumaje. A lo lejos, borrosas, confundíéndose con el vaporoso azul, veíanse las gigantescas pirámides.

De pronto, en la galería que daba acceso á sus habitaciones, sintióse rumor de voces, ruido de armas, como si se empeñara una lucha, luego un grito de agonía. A poco, apartáronse bruscamente los cortinajes y un hombre jadeante precipitóse en la estancia. Sobresaltada, irguióse al punto Cleopatra empuñando el puñal; más el intruso, antes de que ella hablara, murmuró inclinando la frente:

—Perdón, Cleopatra. Tus servidores me impedían la entrada; grandes nuevas tenía que comunicarte; ellos no escuchaban mis razones, y entonces espada en mano, tuve que llegar hasta tí.

Cleopatra, indiferente:

—Habla.

—Tu pueblo, á la vista de los romanos, se ha sublevado pidiendo tu cabeza. Vitorea á Marco Antonio. En las plazas y calles gritas ebrias las chusmas.

—Que mis mercenarios asalten á esos perros.

—Imposible. Ellos secundan el movimiento. Sólo te quedan fieles los nubios y etiopes.

—Al instante vé á la ciudad y á la cabeza de ellos ataca á los insurrectos.

Una vez sola, cesó de fingir, cayendo desfallecida en el triclinium. ¡El pueblo por Marco Antonio! Estaba perdida. Y sumergiendo el rostro en un almohadón dió rienda suelta á su dolor, llorando su impotencia. Entonces oyéronse á lo lejos, confusos, pagados, los sonos de un clarín. Cleopatra enjugó su llanto, serenó su rostro, murmurando: «Aún es tiempo.»

En apretado pelotón destellando al sol las brufidas armaduras, avanzaba una cohorte romana, escoltando á Marco Antonio. Instantes después, apeábanse en el vestíbulo, haciendo resonar con sus pisadas las baldosas del pavimento.

Entre tanto la reina de Egipto, de pié, majestuosa en su porte, radiante la mirada, espera al general romano, jugueteando con su pequeño cetro de oro. Sin conmoverse escucha los pasos del centurión, que apartando las cortinas, anuncia á su jefe. A poco llega Marco Antonio, la espada en la diestra, marcial el talante y con aire de vencedor; más al ver á Cleopatra, se apaga en sus labios la altanera frase de triunfo, y ofuscado inclina la cabeza murmurando respetuoso:

—¡A vuestros pies, señora!

Mientras que de la ciudad y traído por la brisa, llegaba á sus

oídos, como un reproche, el ensordecedor clamoreo de las turbas egipcias que victoreaban á los romanos.

Lima—1893.

JOSÉ ANTONIO ROMÁN.

—:—
Lances de un calavera.

[Continuación].

VIII.

PETITA.

Allá por los barrios de abajo del Puente y en un cuartucho miserable de una ruinoso casa de la calle de Novoa vivía doña Petita ó Petita á secas como la hemos llamado antes.

Viuda á los 25 años de un francés Lamodière que era jefe de una herrería, llevó después de su muerte una vida que al decir de las crónicas nada tuvo de ejemplar.

—Pero nosotros desechando el decir de las malas lenguas solo nos ocuparemos de ella, desde la época en que comienza nuestro relato.

—Pues allá en la calle de Novoa, como dijimos anteriormente, era la guarida de Petita, vivía en compañía de una sobrina que la acompañaba regularmente á todas las distribuciones de iglesia y á las visitas que ésta hacía todos los días para procurarse el pan. Poseía la tal Petita la bella cualidad de saber la vida y milagros de todo el mundo, las particularidades y los defectos de las familias, los que cantaba diariamente en todas las partes que se le proporcionaba el alimento, por tal de oír su charla animada y llena de comentarios. Hoy almorzaba en casa de la familia P comía en la casa A, mañana en otras partes, y así se deslizaba diariamente su vida entre las distribuciones religiosas y los comentarios de la vida ajena.

Su figura si no era del todo antipática era por lo menos pasable. Figuraba una mujer de unos 36 á 40 años, bajita, de redondeadas formas, con unas inmensas caderas que producían al caminar el mismo efecto de una nave en alta mar y tendréis el retrato cabal de ella.

—Su sobrina Clarita, que bien pudo haberse llamado oscura, era una muchacha delgadita como un fideo, trigueña, de ojos negros, y formas enclenques, y si á esto se agrega la maldita costumbre que poseía de atrincarse la cintura y los pies, ya podrán mis lectores hacerse una idea de su traza y figura.

Tía y sobrina, eran un par de tipos dignos de estudio, lleno el rostro de afeites, y caminando siempre con la ligereza que sus prisioneros pies se lo permitían, [porque Petita también padecía

de este vicio] llamaban siempre la atención de cuantos las veían.

Una de las casas que visitaban ambas con alguna frecuencia era la de doña Trinidad con quien habían trabado relación hacía algunos años con motivo de una hermandad á la que perteneció esta última, y de la que Petita era tesorera: parece ser que la tal hermandad concluyó á capazos por un disgusto entre las hermanas, y de nada valieron las amonestaciones del capellan ni sus buenos oficios. Petita fué la mas decidiosa, y como tesorera alzó con el santo y la limosna.

Para doña Trinidad, Petita y su sobrina Clarita eran modelos de virtud y honestidad, de aquí que les prestaba atención á todas sus advertencias y consejos, especialmente de la primera, á quien había cobrado un cariño entrañable. Viuda también ella, de un Sargento Mayor de artillería, vivía pacíficamente de su montepío ayuñada por lo que la costura le producía á las hijas.

Jesús y Luisa no veían de buen grado á Petita, porque sin charla y su mafia les había hecho formarse una mala idea de ella; mas bien á Clarita, estimaban un tanto, sin duda por los muchos puntos de contacto que existían con ésta por efecto de la juventud.

El ascendiente de que gozaban, pues, tía y sobrina, en la casa de doña Juanita, era grande; no podía hacerse nada en la casa, ni lo mas insignificante si antes no se oía la opinión de ellas, y no era bueno lo que se hacía sino lo aprobaban ellas.

Y así como esto sucedía allí sucedía en todas partes, de tal manera que ellas todo lo conseguían mediante á su caracter y á sus decantadas virtudes.

GUILLERMO REBAGLIATI.

[Continuará.]

—o—
Ensayos críticos.

III.

Génesis del movimiento literario de actualidad. — El procedimiento crítico — Clasificación de los escritores.

(Conclusión)

El origen de esa afición tan pronunciada á las feas artes como se ha despertado en nuestra juventud con todos los síntomas de un estado patológico alarmante, una especie de fiebre que pudieramos llamar literaria y peor que la fiebre amarilla, se encuentra, pues, no tanto en los fenómenos sociales aludidos, cuanto en la escuela de González Prada, el Círculo Literario, y su vocero «El Radical». Y, así como la guerra, la política y la religión juntamente con nuestro estado social dieron margen al discurso del Politeama y á otros más de su índole, á su vez todos estos chismes literarios de Prada han dado origen á estotra escuela chocante é

chocarrera, que hoy es fuerza venga á tierra en bien del arte que, tantos cosas y aporreos le debe.

Vió esta bendita escuela, en las imagenes y figuras de Prada en íntimo consorcio unirse la originalidad y la belleza, el atrevimiento y el buen gusto; pero, poco escolástica, dió en confundir todas estas cualidades hasta el punto de identificarlas [tan unidas las veía en Prada]—; por donde, en poseyendo originalidad y atrevimiento cualquier engendro de su cálamó, se curaban bien poco, los de la tal escuela, de advertir si iba munido de los otros indispensables requisitos; y, como sea cosa resuelta, que en punto á originalidad y atrevimiento pocas cosas aventajan á los desatinos y extravagancias de cerebros calenturientos, de aquí los delirios de la tal escuela, de aquí cómo, por imitar á Prada y por las adulaciones tontas y sin objeto que éste les prodigara bajo la forma de sentenciosos encomios, la juventud ha dado en un abismo, del que sólo podrá salir bajo la acción del fuego graneado de una crítica Valbuenezca. Olvidaron que en el arte la belleza es el atributo y las demás cualidades son los accidentes, y se salieron con la suya de hacerse originales. Pero aquí, en esta tierra, todo paga su gabela, y todo está sujeto á contribuciones, justo es pues que se pague la originalidad; y gruesa va á ser la contribución que por ella habrá de darme toda la tal escuela, desde su patriarca Chocano hasta su fiel imitador y último discípulo Ruperto Espinoza. Pero ya me voy saliendo por la tangente, según es mi propósito de decir las cosas en serio, hilvanando, ya que he dicho algo sobre la génesis del movimiento literario de actualidad, algunas razones sobre sus caracteres.

Ya UU. conocen, por supuesto, á Juan de Arona, y se sabrán de memoria lo que dijo allá por las columnas de su Chispazo, que eso y todo, algunas verdades le ha cacareado á la juventud; pues bien, recuerdo esos versos que borroneé, en pareados creo—porque es muy dado á los pareados Juancho—satirizando á la generación que se levanta, y en donde ha dicho, sin conciencia quizás, mucho acerca de lo que puede prometer una generación que, si bien ha nacido con la pluma en la mano, también ha nacido con la pereza en el temperamento y la laxitud en el carácter. Y esto observo no por el prurito pueril de acumular digresiones, mas porque hace á mi propósito arrancar de tal punto, que fuere fenómeno por todos advertido en la juventud, cuyas costumbres de sobra lo transparentan, y que puede suministrar á la crítica, utilísimo curso al estudiar sus facultades artísticas. Y, en efecto, ¿cómo explicar por conciliadora manera esa flojedad de temperamento, que llega á inficcionar á las facultades en una atmósfera de pesadez asfixiante que embota los los poderes y mata las aptitudes, al lado de esa actividad superior que demanda el ministerio del arte, que lo es de laboriosa observación y asiduo trabajo?

¿Acaso llegó jamás al tabernáculo sagrado del templo apolíneo quien no consumió su vida en la lucha del trabajo, en los ensayos que precedieron siempre á la perfección laureada? Si no hay actividad, si no hay movimiento y acción, no se puede decir que se vive la vida del arte; porque, así como en la región de las ciencias se respira una atmósfera de quietismo é inmutabilidad, debida á la invariabilidad de los principios que las constituyen, en la región evolutiva del arte, la perfectibilidad y la actividad son el sol que ilumina sus célicos senderos, y, que por ende exigen un principio dinámico, como signo de aptitud, en quien ha nacido para marchar por ellos.

Las ciencias viven bajo el imperio dominante de inmutabilidad que les da un foudo fatalista; y el arte se aliente con el principio de libertad, que Kant mira como constitutivo esencial de la belleza. Pero lo peor es que ese hecho que hemos observado en nuestra juventud, y que tan mal augurio es respecto á sus facultades artísticas, parece ser debido al fatalismo del clima, de este clima en que vegeta, que no le ofrece, en su indolente templanza, las sensaciones pronunciadas de otras zonas, que, conmoviendo con violentas sacudidas el organismo, excitan al espíritu á la actividad, al movimiento y al trabajo.

Y el mal está en que esa influencia que en otros países es neutralizada por la acción contrariante de otras, como la educación, aquí se ensofiorea del alma por absorbente modo, llevándola á la prostración y al marasmo. ¿sí podremos tener espíritus serios que se produzcan con arte, realizando sus ideales y ejecutando lo que piensen, venciendo los obstáculos de la impericia, hasta llegar á la perfección? Y este escollo no creo que se salve con la educación, si ha de ser nacional; porque ella no haría otra cosa que dar sanción perniciosa á esas costumbres y á esos hábitos de nuestra juventud. Háse menester de una educación estética extranjerizada.

Como lógica secuela de estos fenómenos que en nuestra juventud hemos advertido y comentado, vienen la incorrección formal en sus producciones, el espíritu de imitación y la insustancialidad, cuando no la ausencia completa del fondo; todos los cuales hechos son tambien de advertir en sus composiciones, donde ya se muestran palpitantes.

Y en efecto, si no hay laboriosidad, no puede haber nunca incorrección artística; porque no hay espíritu de observación y paciencia para comparar con los preceptos y los modelos clásicos las producciones del ingenio, ni menos el propósito de amoldarlas á ellos, toda vez que esto demanda trabajo. Se escribe y se aborrea en público lo que se escribe, sin corregirlo, sin limarlo, ni pulirlo; los escritores no se detienen en el vestíbulo del templo del arte para revisar sus engendros antes de introducirlos en su santuario.

para ponerlos bajo la paternidad de la belleza. Se escribe y se escribe mucho. Aquí todos son fecundos; porque todos son incorreptos y mamarracheros

Donde no hay actividad verdadera, no hay iniciativa, y donde no hay iniciativa no puede reclamarse originalidad. ¿Y qué viene á ser un escritor sin originalidad? Cuando tiene talento, un buen imitador, un fotógrafo que retrata en su estilo al mejor escritor si se propone; pero, cuando no tiene ese talento, que también necesita educación artística, no es sino un caricaturista, un falsificador que se venda por su torpeza.

¿Y en todo caso qué es una literatura de esta manera, una literatura sin originalidad? ¿Qué es sino un rumiante, que vive de pasto de cercado ajeno?

Si no hay espíritu artístico, verdaderamente artístico, no puede haber nunca sustancialidad en las obras; porque todo no es sino hojarasca formal y nada de fondo.

De aquí, pues, porqué advertimos en la literatura de nuestra juventud todos estos defectos capitales: su pereza, alentada por una petulancia infundada, tienen el secreto de ellos.

El procedimiento que deba seguir en el estudio de las composiciones de que haya de ocuparme, en rigor, debiera ser analítico sintético; pero, en no habiendo fondo de consideración, á no ser cuatro burradas groseramente erróneas que todo el mundo se refuta sin necesidad de que crítico alguno lo haga, cosa que acontece por lo general en las producciones literarias, ó que se dicen literarias, creo que no sólo es más de rigor, sino que es lo único que cabe con esa manera de escritos el procedimiento analítico. Así, pues, no anden por allí murmurándome, porque voy á tratarlos según Valbuena, los señores escritores, de la propia manera que andan chismeando sobre que soy Castro y Herrera y Lujan y qué sé yo cuantos más como hacen á este pobre Juan de Bellavista, que algún intonso ha tomado por pseudónimo.

De entre el sinnúmero de escritorzuelos como pululan en esta nuestra tres veces desdichada, digo coronada ciudad, no es mi ánimo que ocupen mi atención todos, pero únicamente los que se encuentran afiliados á las academias «Alvarado» y «Olavide» y aún en el seno de estas sociedades, no hace á mi propósito estudiar á todos los miembros de que entrambas consten, según que entre ellos se hallen personalidades eminentemente rípcas, que fuera ocioso el embarazar nuestra atención con ocuparla en ellos, sujetos que carecen de la menor importancia, siendo la más perfecta personificación de lo nimio, como el infeliz Paco, verbigracia, de quien [no de verbigracia sino de Paco] si alguna noticia tengo, no es tan literaria que se diga, cuanto relativa á qué sé yo qué género de tendencias á que vive encariñado y que de sobra se tras-

rentan en unos cuatro articulejos de estilo afeminadamente amanerado como ha parido su estéril *péñola*, qué diría él.

Aparte de éstos, razón es que excluya de la nómina de mis víctimas literarias á otros individuos, que no me explico cómo, teniendo tan buenas aptitudes, y no haciéndolo tan mal que haya de decirse, se resignan á codearse con quienes no llegan á la altura de poderlos descalzar; de esta especie, que, por pecadora que sea, no ha de tener infierno en la otra vida, gracias á haberlo llevado en ésta con rolarse con Chocano, en término de darle barato el honor de llamarle su consocio: de esta especie, digo, son Arnao, Castro y Oyanguren y algunos pocos más.

Eu resúmen: á unos, porque no se les puede decir ni brutos,—y esto no porque dejen de serlo, que tanto no está averiguado, pero menos porque no hay pretexto que dé margen á cantárselo, según que por no revelar acaso sus debilidades, en romances, torpezas, jamás han escrito ó han escrito muy poco; y á otros no porque del todo sean perfectos en el concepto de escritores; más porque al menos no merecen que se les trate tan mal, confundiéndolos con tantos bergantes más infelices que lo sean ellos, es el caso que únicamente llevo pactado con mi pluma el contraerme á los sujetos que de más inmerecida fama gocen, y son á saber: don José Santos Chocano, don José Fiansón y don Enrique López Albújar, tres personas distintas y un sólo Ampuero verdadero, trinidad de marrachera en supino grado contra la cual va enderezada mi primera tunda; Ernesto G. Boza, Domingo Martínez Luján, Genimino Lama, José A. de Izcue, Juan F. Pazos, Federico Larraga y Carlos L. Lisson, á quienes consagraré mi segunda tunda y Rodrigo N. Herrera, José A. Román y Ramón Espinoza, que marcharán á mejor vida en mi tercera tunda.

Y creo que no me quedaré tan corto con la tal docenita del fraile: son trece sujetos que dan paño de que cortar en cantidad bastante á hacer un tomo algo rollizo con que alcance á divertirlos, con ponerlos poco menos que un *ecce homo*.

Yo sé que no valgo la pena, que soy un desgraciado [vaya si lo sé]; pero esto léjos de obstar á mi propósito, lo facilita justificándolo, como que no tuviera gracia que un literato de nota fuese el que les zurrara la badana á tanto pseudo-sabio; yo, [que conozco mi pequeñez, rayana en nulidad, porque no tengo la cabeza llena de viento, ni padezco finchamientos de vanidad] sí soy digno de criticarlos, de ocuparme de ellos, como que valgo menos que nada, que, si así no fuere, déno por hecho, no me habría acordado de tales escribidores ni para ponerlos de oro y azul. ¡Qué más se quisieran todas estas tristes parodias de malos literatos, que andan por allí sin servir ni á Dios ni al diablo, como que no sólo no hacen nada bueno, pero ni lo malo que hacen es tan malo como sea regla para llamar la atención, qué más se quisieran, diablos

se ocupara de ellos un crítico de alto fuste, así fuera, para poner las peras á cuatro.

No señor, para tales escritores, tal crítico.

(Continuará)

JUAN DE BELLAVISTA.

FOLLETIN

La Música.

I

Responde, Carmencita encantadora:
 Un pájaro que canta, ¿ríe ó llora?
 Lo digo, porque oyendo la dulzura
 Del ruiseñor que canta en la espesura,
 Tú sonríes, tu hermana se divierte,
 Tu madre os mira á entrambas con encanto;
 Y pensamos, al són de un mismo canto,
 Tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II

¡Ay! ¡Por qué ríes cuando yo me quejo?
 ¡Es para mi alma un insondable abismo
 El que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
 Reir á un niño y sollozar á un viejo!
 Y es que, seguramente,
 La Música es un hada complaciente
 De nuestra dicha amiga,
 Que dice solamente
 Lo que quiere nuestra alma que nos diga.
 Por eso, al lisonjear su melodía
 Con más fe al corazón que á la cabeza,
 Dando al triste tristeza,
 Aumenta del contento la alegría;
 Y por eso, al oirla, convertimos
 La fría realidad en ilusiones;
 Pues al recuerdo de sus buenos días,
 Ponen en cuanto oímos
 Los ojos de nuestra alma sus visiones,
 Nuestro oído interior sus armonías.

III

Si, como todos vemos,
 La música despierta los sonidos
 Que desde el día mismo en que nacemos
 Están en nuestro espíritu dormidos,
 También probarle intento
 Que se lleva la Música la palma

En las artes que anima el sentimiento;
Que así como el estilo es el talento,
El metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
Pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
Todo el que canta, ó toca,
Si no ama en realidad, ama algún sueño:
Porque su magia es tanta,
Que, aunque eres niña aun, ya habrás sentido
Que, envuelto en el sonido,
Hasta lo amargo del dolor encanta:
Y que la misma senectud que mira
Que cada nota una esperanza encierra,
Con inútil ardor ama y suspira,
Como alma juvenil que, ardiendo en ira,
En oyendo un clarín corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
Pues entonces también fuerza es que creas
Que, según nuestras mismas sensaciones,
Cual los hechos imágenes de ideas,
Son las notas pedazos de pasiones;
Y que con fuerza virtual vibrando,
Y á la vida excitando,
Por el espacio va cada gorjeo
Como una vaga tentación volando;
Y camina, y camina, murmurando:
«¡Levántate, y ámate!» al deseo.

IV

Y ¡qué es el mismo amor? Una armonía
Que hoy se canta y que el aire se la lleva;
Y que luégo, mañana ó el otro día,
Con nuevo ardor la misma melodía
La vuelve á repetir otra vez nueva; ¡
Y así, en curso variable,
Cuando nace, se espacia, se disuelve,
Y, en giro interminable,
Lo que del aire viene al aire vuelve.
Y en rauda movimiento,
Se disipa en el viento
Lo que en el viento por amor vivía:
¡Ideas, armonías, sentimiento,
Flores, música, luz y poesía!

V

Como en cosas de amar yo lo sé todo,

Sé bien que en esta vida
 Jamás será perdida
 La que cierro el oído á piedra y lodo.
 ¡El oído, el oído! Ahí se esconde
 El gran traidor que al corazón entrega;
 Él es la senda criminal por donde
 Desde fuera el amor al alma llega.
 Por él arrobadores los so oídos
 En ardiente emoción, ó en dulce calma,
 Después de electrizarlos los sentidos,
 Arrastran los sentidos hasta el alma;
 Y por él, en amante devaneo,
 Desde el salto de Léucade, el deseo
 Se arroja al mar para templar sus penas,
 Escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorjeo
 Conque á Safo llamaron las Sirenas.
 ¡Cierra, cierra el oído,
 Y ten por cosa cierta
 Que es del amor el tentador sentido,
 Y que siempre á la voz de un sér querido
 Abre nuestra alma á la traición la puerta!

VI

¡Carmen, perdón! Mi confusión es tanta,
 Que ya olvidé mi tema.
 Dime, otra vez ¿será siempre un problema
 Saber si flora un pájaro que canta?
 Y aunque es lo más sencillo
 El pensar que ese tierno pajarillo,
 En medio de su risa ó de su lloro,
 Cantará eternamente el estribillo
 De la eterna canción del «yo te adoro.»
 Lo cierto es que su canto
 Te vuelve más festiva;
 Ruega á Dios por tu dicha, pensativa;
 Mientras tu padre, á tan graciosos sonos,
 Excitado en sus graves pensamientos,
 Ya siente una avalancha de emociones,
 Y un vértigo ideal de sentimientos;
 Y, presagiando amores,
 Más bella que la luz de la mañana,
 Entona melodías interiores,
 Con más afán que el ruiseñor, tu hermana.
 ¡Y yo! Víctima siempre de una idea,
 Desde que allá en mi aldea

(Concluirá.)